

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en Administracion que en las librerías.)

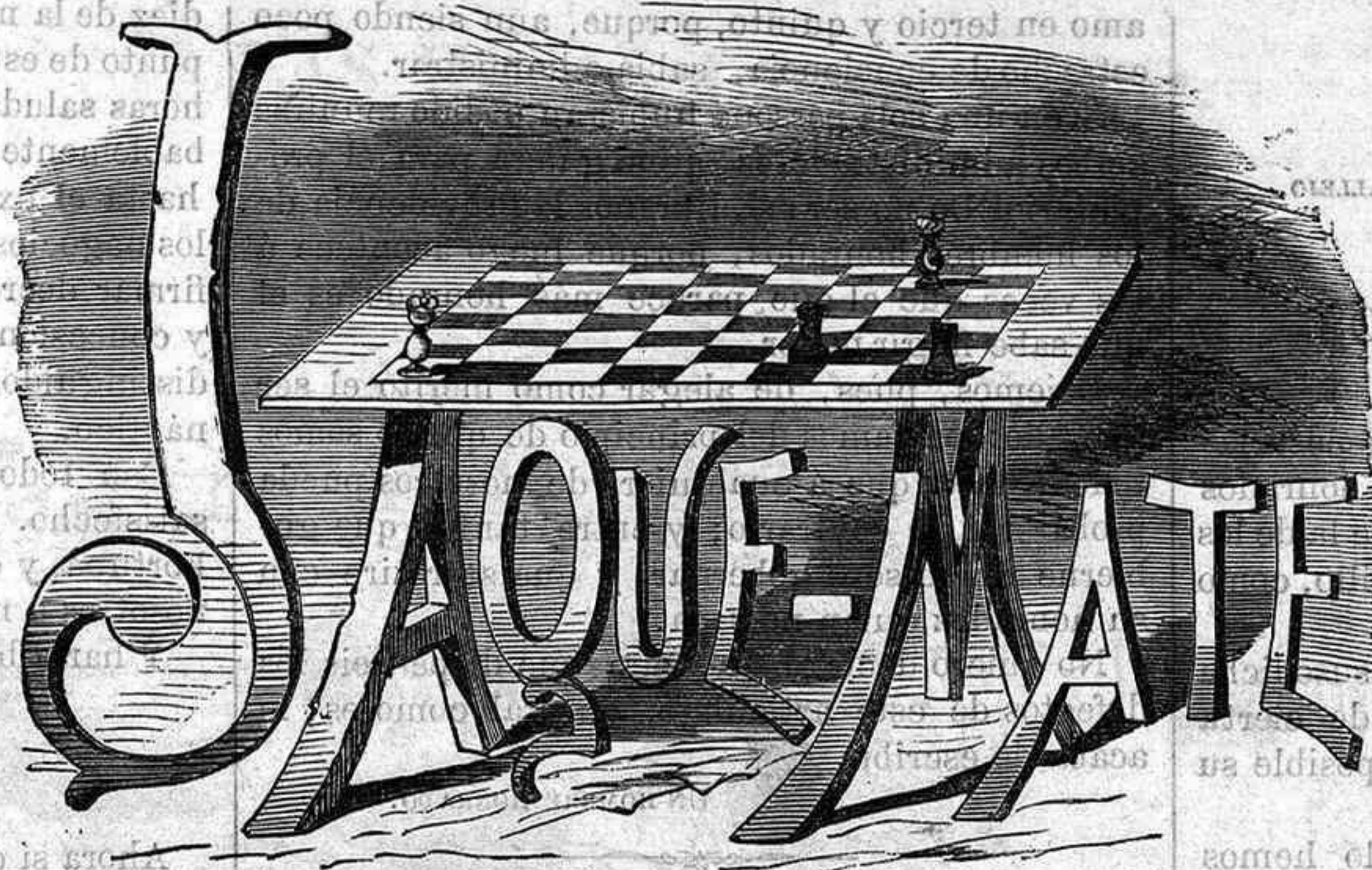
Por tres meses..... 8 reales
Por un año..... 30

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto DOS cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion.
La correspondencia al ADMINISTRADOR DE JAQUE-MATE.

Director: A. SANCHEZ PEREZ.



PERIÓDICO MALDICIENTE.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon.... 10 rs.
Por un año..... 36 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 20 »
ULTRAMAR.—Un año..... 80 »

Se publica dos veces á la semana, JUEVES y DOMINGOS.

Administracion y Redaccion, San Roque, 12 y 14, bajo.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: DANIEL PEREA.

JAQUE-MATE.

COSAS DE POR ACA

Existen personas—yo conozco muchas—de carácter displicente y atrabiliario, á quienes nada contenta y que todo lo hallan desagradable. Su constante misantropía mueve á los tales á censurarle todo y á maldecir de cuanto ven. Sé, por consiguiente, que para ellos la ceremonia del domingo habrá sido ridícula, grotesca, digna más de payasos pagados para eso, que de hombres serios y formales.

Esa multitud de padres de familia, obligados á permanecer, sin hacer nada de provecho, y descansando con el fusil al hombro de las fatigas de la semana; ese aparato de carretelas descubiertas, de magníficos tiros, de escoltas inusitadas... Y despues..... ya dentro del recinto, las señoras ocupando los escaños del Congreso, los ministros de gran uniforme, esos *anacronismos* vivientes que se llaman *maceros*, con sus extravagantes vestiduras y sus mazas inútiles; esa infinidad de otras pequeñeces que constituyen el completo de la ceremonia, todo esto que á nosotros los aficionados á la etiqueta y á las fórmulas consagradas por la tradicion, nos deleita, es para las personas descontentadizas, á quienes antes me he referido, un conjunto de puerilidades.

Y á más de uno he oido decir ásperamente y con la rudeza del que no está acostumbrado á las formas sociales: «Pero ¿es posible que estose haga en serio? No acabo de comprender cómo aquel hombre de envidiable reputacion en el foro, como aquel personaje de probado talento, como aquella verdadera eminencia del país se prestan á cooperar en este sainete; y nada, allí están serias y graves, como si la cosa lo mereciese. Yo los miro despacio, pretendo profundizar mi exámen, y cada vez adquiero mayor conviccion de que en efecto no sé rien, y toman seriamente esta niñería, como si de ella dependiera la suerte futura de todo el género humano.»

Yo abandono á esos hombres discolos é intratables á sus consideraciones sándias, y repito que esas ceremonias y otras tales son para mí fecundo manantial de placeres íntimos.

Sí, señor; y digan cuanto quieran los enemigos del actual orden de cosas, es indispensable rodear á la monarquía de todo esto, y aún echo yo mucho de ménos la corona de oro y el manto de terciopelo forrado de armiño, y el cetro, y esas cosas que tanto efecto producen en el teatro. Pues ¿qué viene á ser el rey si le quitan todo eso?

Y ménos mal que á falta de mantos y cetros, ya nuestro monarca tiene su uniforme de capitán general, *ainda mais* el de guardia de su propia

persona: que no hay, á mi juicio, una ocurrencia más oportuna que esta de vestirse un rey de guardia del rey, porque difícilmente se encontraria quien guardase al rey con más celo que el rey mismo.

—Lástima que dificultades de pronunciacion destruyesen un poco el efecto de tan solemne acto; porque, la verdad, yo, que soy muy justo, debo confesar que D. Amadeo leyó el *sermon* con bastante dificultad: ya se vé, ¿es tan largo! Así que S. M. Católica sudaba la gota gorda, lo cual tambien perjudicaba no poco á la *vistosidad*—digámoslo así—de la augusta ceremonia.

Por último, el discurso llegó á su fin con la satisfaccion de todos (SS. MM. inclusive), porque lo mucho, aunque sea bueno, cansa al cabo.

Y no es esto decir que el discurso sea bueno, eso no, que yo soy incapaz de levantar falsos testimonios ni á los discursos ni á los reyes.

Por eso afirmo que Amadeo pronunció con fatiga su discurso; pero preguntó al mismo tiempo: ¿es fácil á un extranjero leer de un tiron una *homilia* de tres cuartos de legua, y que empieza con palabras tan suaves, como: «Al llegarme á la *magestad* de este palacio, donde me esperabais vosotros los *escogidos* por la nacion para ser sus *legisladores*; recuerdo que yo tambien soy el *elegido*, etc.? ¿Qué poca consideracion á la *regia tarinje*!

En fin, yo siento y deploro esta abundancia de sonidos guturales, por el *carino* que involuntariamente profesó al joven monarca; pero, por el respeto que la institucion me inspira, deploro más aún que se haya hecho decir al soberano: «*Pienso que de la voluntad nacional procede mi derecho.*»

Bien comprendo que la responsabilidad de ese *pienso* no es del rey, sino del Consejo de ministros; pero así y todo, dueleme en el alma oír en augustos lábios una augusta inexactitud.

Como las Cortes Constituyentes no fueron convocadas para elegir jefe del Estado, y si solo para hacer la Constitucion, la eleccion de monarca no se hizo por la voluntad nacional.

Necesario es, por consiguiente, que el monarca de los radicales deje de pensar en este asunto lo que piensa, y piense de ahora en adelante todo lo contrario.

Por la voluntad nacional nunca hubiera sido rey de España.

Esto cree; sin perjuicio de lo que piensa Ruiz Zorrilla.

A. SANCHEZ PEREZ.

LAS FERIAS.

Alto y á comprar, señores.
Vean si algo les conviene,
Que las ferias este año
No son ya lo que otras veces.

Puestos, que antes en Atocha
Se veian solamente,
Hoy, invadiendo las calles,
Por todo Madrid, se extienden.

Ya no se ferian tan solo
Melocotones y nueces,
Acerolas y ayellanas,
Pitos, libros y juguetes.

Los que antes eran tenduchos
De capas y calañeses;
De fajas y de entorchados,
Hoy en tiendas se convierten.

Tiendas en que nunca falta,
Por más que el pedido arrece,
Un buen surtido, esperando
A que alguno se subleve.

El que vendió trastos viejos
Y daba lástima el verle,
Con cosas raras ahora
Hallareis que se enriquece.

Ya vendiendo unas navajas
De afeitar contribuyentes,
Que dicen que por inútiles
Desecha el ministro imberbe.

Ya una; libreas muy rojas,
Aunque usadas pocos meses,
Que, por si se va su dueño,
A bajo precio se ceden;

Ya cajas de doble fondo
Construidas de tal suerte,
Que echando en ellas millones
Se truecan en expedientes.

Hay puestos de quitar manchas
En horas de toda especie,
Salvo si son puntos negros,
Que salen difícilmente.

En la democracia nueva,
Gran barato de mercedes;
Hay encomiendas y títulos
Que á poca costa se adquieren.

Grandes bazares existen
En los que todo se vende,
Fé, lealtad y opiniones,
Juramentos y deberes.

Sólo el talento escasea;
Pero hay quien falso lo tiene,
Imitado con tal arte,
Que verdadero parece.

Hay conservas exquisitas
De reales pretendientes
A un trono que, por milagro,
Hace tiempo se sostiene.

Y, en fin, una hermosa Cuba
Que, según cuentan las gentes,
En tratos para comprarla
Han andado los ingleses.

JUAN VALLEJO.

LOS HOMBRES HONRADOS

Admitido, como hay que admitir necesariamente, que no todos los que blasonan de honrados lo son, quiero suponer, sin embargo, que la de los radicales es una honradez á macha martillo, como si dijéramos, á prueba de seducciones.

Aun así parece que abusan de la susodicha honradez casi tanto como las mujeres de cierta clase, que quieren vender lo más caro posible su decoro hipotético.

¡Cuántas veces he oído decir, todos lo hemos oído: «Lo que el país quiere, lo que reclama la opinión pública, es un gobierno de hombres honrados!» No hay tal cosa; ni el país puede querer eso, ni caso de que eso quisiese dejaría de ser estúpido. Tanto valdría decir que un particular, para vestirse bien y calzarse mejor, en vez de buscar un buen sastre y un excelente zapatero, se echa á buscar un par de hombres honrados que ni hayan manejado la aguja ni conozcan de vista el tirapié.

Bueno, muy bueno es que á la circunstancia de ser hábil para algo, reúna todo ciudadano la circunstancia de ser honrado; pero lo indispensable para hacer una cosa es saber hacerla; y la honradez, por recomendable que sea, no da aptitud para hacerlo todo, como parece que creen algunos.

De ver estaría que cuando tú ¡oh lector benévolo! dijese á tu sombrerero que el último sombrerero era un poco grande, te respondiese él: «Imposible, señor mío, imposible: yo soy un hombre honrado y ya comprende Vd. que no puedo sacar grandes los sombreros.»

¿Te hace gracia el razonamiento? Pues cuenta que no es de mi invención: así defienden á Ruiz Zorrilla sus más celosos partidarios.

«Los ministros son hombres honrados; la honradez inmaculada de D. Manuel, la honradez indiscutible de D. Cristino, la honradez acrisolada de.....»

¡Señor! ¿qué es esto? ¿A dónde vamos á parar? Si la honradez es merecimiento bastante para ser ministro, supongo que podrían muy bien haberse elegido otros, si ya no es que solamente los señores ministros son los hombres honrados que hay en España.

La honradez, la honradez... No puedo oír hablar de hombres honrados sin recordar á dos amigos míos.

Ambos eran ricos, que yo también me permito ese lujo en mis amigos.

Jóvenes ambos, y aficionados á diversiones, se cuidaban muy poco de su hacienda, cuya administración habían confiado á manos estrañas.

El administrador del uno era tonto de solemnidad.

El administrador del otro era un tuno de playa.

—Ya sé yo, decía el primero, que mi administrador es un tonto que no sabe lo que trae entre manos; pero es la honradez andando: incapaz de interesarse en medio céntimo.

—Demasiado veo, decía el segundo, que mi administrador es un tunante; pero es atrevido, listo, emprendedor, y fomenta mi hacienda: él se lucra, es cierto, pero también trabaja y aumenta mi hacienda sin que yo trabaje.

El administrador honrado, al dejar de serlo, no tenía sobre qué caerse muerto, es verdad; pero había dejado por puertas á su amo: porque aunque era muy honrado, no sabía administrar.

El administrador galopin dejó la administración después de haber hecho una pacotilla muy respetable; pero había mejorado la hacienda de su

amo en tercio y quinto, porque, aun siendo poco estrecho de conciencia, sabía administrar.

Si en una sola persona hubieran podido reunirse ambos administradores, ¡qué ganga para el propietario! De no ser así, librenos la Providencia de los hombres honrados, porque luego acontece á las veces que el que parece más honrado es el que sabe fingir mejor.

Dejemos, pues, de alegar como mérito el ser honrado: partamos del principio de que lo somos todos, hasta que á cualquiera de nosotros pueda probarsele lo contrario; y entre tanto, que gobierne quien sepa gobernar, y que se retire con su honradez quien no sepa.

No quiero decir ahora, para que dispenseis los defectos de este articulejo, que tal como es, lo acaba de escribir

UN HOMBRE HONRADO.

CAPRICHOS DE LA FORTUNA

Siempre fué la Fortuna caprichosa y propensa á burlarse de la lógica y del sentido comun.

Nace un hombre pacífico, y por consiguiente, incapaz de hacer daño á nadie. Aquel hombre se espanta de su propia sombra, siente calofrios viendo que se dá muerte á una gallina, y no se atreve á subir á oscuras las escaleras de su casa; pero la Fortuna se empeña en hacer de él un valiente, un guerrero, por ejemplo, y aquel hombre cae soldado. De allí á poco se convierte en héroe por fuerza, y tal vez recibe la muerte en el campo de batalla, como el célebre Bayardo, batiéndose en retirada, que es, según creo, el modo más difícil de batirse, y para el que se necesita mayor suma de valor.

Nace otro hombre, que tal vez como gimnasta sería una *notabilidad*, que para jokey no tendría precio, y la Fortuna, siempre sarcástica, le regala una corona; del mismo modo que dá un par de patillas como las de Topete, pongo por caso, á una muchacha de veinte abriles.

¡Dígame, después de esto, que la Fortuna no se rie de nosotros á mandíbula batiente!

Supongamos ahora que existe un hombre que para nada sirve: ese hombre ha nacido en buenos pañales, como vulgarmente se dice; y esto le vale para no morir de hambre. Su incapacidad le arrastra á ser disipador, pendenciero, amigo de bromas, protector decidido de la raza..... caballar, por cuyo mejoramiento se toma gran interés; un hombre, en fin, que no siendo útil para nada, se ocupa en todo aquello que para nada sirve. Ese hombre sería amigo de la independencia, y, por lo tanto, soltero; tendría alegres compañeros; gustaría de viajar á menudo, ocupar una butaca en los teatros y galantear á las actrices, pasar las noches cenando y los días durmiendo, no tener negocios de ninguna especie, ni más correspondencia que la que, según cuentan, solía Marte confiar á Mercurio para entregarla á Venus.

Con tales condiciones, nuestro hombre sería lo que los franceses llaman un *viveur*, émulo de Lovelace, edición pequeña de D. Juan Tenorio; lleno de deudas, porque el tenerlas es de buen tono siempre y cuando se deba mucho. Este hombre tendría horror á la vida metódica, comería raras veces con su familia, trataría á zapatazos á sus criados y sería imprudente con todos.

Pero la Fortuna se propone un día dar un bromazo á la especie humana, y coloca á ese hombre en el primer puesto, en aquel que más dotes y más inteligencia requiere. Y suponiendo que el jefe de una nación llegara á faltar, nuestro hombre sería el elegido por la Fortuna para remplazarle. Claro es que su antecesor no valdría más que él; pero este sería un triste consuelo para la nación que mirara su suerte entre las manos de tan inepto sugeto.

Por lo demás, nuestro hombre modificaría sus costumbres: viviría en familia, se acostaría á las

diez de la noche, sería cortés con todos, hasta el punto de estropear un sombrero cada veinticuatro horas saludando á sus queridos súbditos, que probablemente serán *tontos*; y llevaría su abnegación hasta el extremo de dedicar una hora diaria á los negocios del Estado, y cinco minutos más para firmar decretos, concediendo títulos de nobleza y concesiones de grandes cruces á los *tontos* más distinguidos y de más probado entusiasmo dinástico.

Con todo esto el pueblo podría no estar muy satisfecho. Pero justamente por eso seguiría la Fortuna, y con ella el mundo entero, riéndose de nosotros á mandíbula batiente.

Y haría bien en reírse, si señor.

OTRO DECRETO

Ahora sí que estamos bien; ahora sí que trabas harán los empleados públicos; no basta que ellos sean celosos y probos; es preciso además que el aprecio público y la estimación merecida les estimule y anime á continuar por el áspero camino del deber.

Al efecto, y para que sepan á qué atenerse, el ministerio que no se dá punto de reposo en todo lo que sea moralizar la administración pública, ha *soltado* un decreto con sus diez y ocho artículos que dá gusto leerlos.

Dispónese por el primer artículo, que todas las dependencias del Estado formen un reglamento interior general para el despacho de todos sus asuntos, y varios reglamentos particulares para cada clase de negocios.

Esto, como es natural, aumentará considerablemente el trabajo de los señores empleados; pero á bien que esto para ellos es un entretenimiento, y además, que el aumento de trabajo recae sobre los escribientes.

El reglamento general y los particulares y el universal, si lo hubiera, aunque nada dice de eso el decreto, se imprimirá, y véase si ha caído que hacer á los impresores. Esto fomenta la industria nacional.

En los artículos siguientes, todos meditados y trascendentales todos, se dan pormenores acerca de la manera de formar esos reglamentos.

Esta sí que va á ser reglamentación.

Figúrense Vds. que ahora hay en esto una verdadera anarquía; un expediente, con pretexto de que necesita más estudio, de que la cuestión es menos clara, ocupa al oficial quince días, y otro se despacha en seis horas. Nada, no señor: eso no va bien así.

Los expedientes marcharán uniformes, como soldados en parada.

A tal hora se reciben: á tal otra se registran: dos horas después se leen: á las tres horas se dá dictámen: á las veinticuatro se llevan á la firma: y llegará tiempo en que todo esto se haga á son de caja, y sino á toque de corneta: cada toque significará una operación, lo mismo que en una batalla.

¡Lástima que los jefes puedan alterar esta acompañada marcha de los expedientes!

Este inconveniente está, sin embargo, compensado con el cúmulo de Memorias anuales, trimestrales, mensuales y hasta diarias que las dependencias del Estado redactarán oportunamente, y con las cuales habrá para dar alimento, no sólo á la *Gaceta*, sino también á todos los *Boletines oficiales* que haya en España (y á más que hubiera).

Estoy figurándome á los empleados sudando el quilo para hacer los reglamentos, las Memorias, las certificaciones, las estadísticas, y recuerdo, á mi pesar, la ocurrencia tan conocida de aquel que, teniendo solamente cuatro pesetas, gastó las cuatro para comprarse el bolsillo donde guardarlas.

A bien que si el sugeto no tenía más peseta, al gobierno no le han de faltar empleados; porque no sé si me equivocaré, pero tengo entendido que hay en España más pretendientes que pesetas.

COSAS DE POR ALLÁ.

(Correspondencia particular.)

BERLIN.

Amigo mío: He llegado al *ite missa est* de la conferencia que los tres grandes potentados de la Europa monárquica acaban de celebrar en esta

LAS HOJAS DE SERVICIO.



Primeros síntomas de revision.

fantástica capital. Les he visto tomar el tren, como suele decirse; porque tomar otra cosa que no sea un reino entero con todas sus consecuencias, no hay que pensarlo de estos desinteresados protectores de la propiedad individual. Se han marchado, y la paz del mundo no se ha conmovido; de manera que el resultado de la entrevista es para desesperar á los feroces enemigos del orden, estrepitosamente pacífico.

Cuando estas líneas lleguen á poder de V., el acontecimiento que tanto ha dado que pensar y escribir á los políticos habrá pasado por completo al dominio de la historia. Aquí donde se observan todavía las trazas de los suntuosos festejos que empezaron el día 7, el asunto ha envejecido ya; con tan vertiginosa rapidez se plantean, se desarrollan y se resuelven los más intrincados problemas internacionales en nuestros días; como no sean las diferencias entre el Papa y el rey de los radicales, que llevan camino de durar una vida perdurable.

Los esplendores de las fiestas tocan á su ocaso; se extinguen los últimos ecos del entusiasmo mandado fabricar por el emperador Guillermo, se pierde el recuerdo de las recepciones, de las serenatas, de los conciertos, de los festines, de los viajes de recreo, de las partidas de caza y de los simulacros militares; se arrinconan las vajillas de oro y los servicios adornados de piedras preciosas; pero el hambre y la miseria de sus amados súbditos no varía; y eso que hace más tiempo que reina que el emperador de Austria, y según la etiqueta de la corte prusiana, debía pasar primero.

Pero una cuestión de etiqueta entre dos soberanos puede encender la guerra entre sus pue-

blos, y la paz de Europa es tan cara que no es mucho sacrificar la comida á su mantenimiento. Después de todo, el morir en medio de las delicias de la paz es morir de una manera *confortable*, es como si dijéramos, la muerte que preparan los cimbríos á la monarquía, institución que adoran.

Nada se sabe de lo que han hablado los emperadores, ni de lo que han convenido sus primeros ministros. Ello debe ser una sorpresa muy agradable, según unos, muy sensible, según otros; sin embargo, algún indicio puede traslucirse de un pequeño incidente de última hora que en medio del ruido de los acontecimientos ha pasado desapercibido.

Momentos antes de ausentarse, uno de los tres emperadores esperaba la hora fijada para la partida, con varios de los más eminentes hombres políticos de su séquito, reunidos en la cámara de su imperial morada.

Entre los dignatarios presentes distinguíase uno, notable por su talento, superior por su diplomacia, respetado por su saber, celebrado por sus dotes de gobierno, un tanto olvidado y un si es no es retraído durante esta memorable conferencia.

Platicábase con cierta libertad, á pesar de la presencia del emperador, sobre la importancia y trascendencia del acto político que acababa de realizarse. La mayoría de los cortesanos guardaba el prudente silencio que caracteriza todas las mayorías. Un magnate de los que están en la actualidad en candelero, el más *excelente* de todos ellos, defendía la opinión que se cree que es también la del monarca, mientras el célebre po-

lítico que he dicho sustentaba la opinión contraria.

El tiempo trascurre rápidamente; y bien fuese el deseo de terminar aquella conversación, al parecer incidental, bien efecto de un antagonismo inveterado, del amor propio ofendido, ó de una rivalidad mal comprimida, la controversia fué animándose insensiblemente, llegando á tal extremo de viveza, que el diplomático susodicho, *sans egard pour le souverain*, hubo de terminar uno de sus periodos más contundentes, afirmando que la historia hablaría de la conferencia, diciendo: «*que fué la feria de los emperadores.*»

Esta inesperada, cuanto atrevida conclusion, hizo palidecer horriblemente todos los semblantes, y morderse los labios hasta brotar sangre al emperador. Durante algunos segundos reinó el silencio de la muerte en aquella estancia. Por fortuna, era la hora de partir, y el monarca, con voz ligeramente conmovida y expresión entrecortada, dió la orden de ponerse en marcha; orden que fué instintivamente ejecutada, precipitándose todos, no sin cierta confusion, hacia la puerta de la cámara.

Al llegar á las primeras gradas de la escalera, la etiqueta se encontraba completamente restablecida, los espíritus más sosegados, los semblantes recompuestos, y el audaz hombre de Estado, solo en su carruaje, se hacia conducir á la estación. No he podido recoger las palabras de despedida que mediaron entre éste y el soberano; lo que pudo observarse es la finísima sonrisa que, como postrer saludo, dirigió el diplomático al primer ministro.

En otra de las cortes imperiales se ha dicho que

la conferencia era el prólogo de la guerra; y en la tercera, más cándidos ó más políticos, no han cesado de darle una significación pacífica.

Después de todo, pregunto: ¿cuál será la *res vendida*?

N. D'ARFAY.

PIEZAS JUGADAS.

De diferentes poblaciones, y repetidas veces, hemos recibido quejas de que los vendedores de JAQUE-MATE exigen por el mayor precio del que va á la cabeza del número.

Nosotros damos á tal precio el periódico, que obtienen ya los revendedores su legítima ganancia dándole á dos cuartos.

Lo demás es un abuso que defrauda los intereses del público, y los de la empresa sobre todo.

Agradecemos, pues, los avisos que en este concepto se nos dirigen; porque procuraremos evitar el mal por los medios que estén á nuestro alcance.

En el discurso de la corona se dice que la insurrección carlista está casi terminada. Cuatro años hace que está casi terminada la de Cuba.

Ruiz Zorrilla no podía quedar debajo; leído el discurso de la corona, reunió á la mayoría para echar el suyo.

—Y qué dijo? ¿qué dijo?
—Pues dijo... nada... lo que dice siempre.

Hablaban Vds. de los proyectos de Ruiz Zorrilla como ilusorios.

Pues ahí tienen Vds. cómo principia á economizar...
—¿Dónde?

—Pues, ahí, en el Banco de economías de que habla el discurso régio. Teniendo el Banco, las economías ya irán viniendo.

—¿Qué tal lo hice, esposa?—Mal esposo.
—Tuya la culpa es,
En cerca de dos años, no has podido enseñarme á leer.
—Eso no te dé pena, porque tiene una ventaja.—¿Cuál?
—Que si alguno te dice las verdades No las entenderás.

El *motín contra Esquilache* no ha producido el resultado que la empresa se prometía.

Digamos con los autores:
Señor de Esquilache,
Vaya usted con Dios;
Que para la muestra
Nos basta un botón.

Los carlistas—según la *Gaceta*—pelean nuyendo. Bien podrá ser; pero siempre resulta que estos nuevos Partos necesitan mejores *parteros*. De todos modos, para huir siempre, me figuro que dura demasiado la guerra.
¿Eh?

He tenido el gusto de leer el número 1.º de *La Revista Ibérica* que verá la luz pública los días 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 64 páginas. Conforme á la solemne promesa hecha por JAQUE-MATE á sus lectores, el mayor elogio que de esta publicación puede hacer, es guardar silencio.

—Pero sin faltar á lo prometido, bien podemos decir que dirige la revista un amigo nuestro, y que le deseamos tanto acierto y tan buena suerte como la que en todas sus empresas alcanza el activo y afortunado Abelardo de Carlos, que es sin disputa uno de los más atrevidos y más inteligentes de nuestros editores.

El día de la apertura del Congreso se habian preparado en él dos *buffets*.

Creo que aquello fué lo más sólido y lo más serio de cuanto allí hubo aquel día.

Decía un periódico que «cuando D. Amadeo saliera de palacio, la *carrera* sería» etc.

No sabía yo que S. M. tuviese que *correr*.

—Don Amadeo dice en su discurso que quiere consolidar su dinastía.

Se comprende bien.

—¿Qué siempre el hombre propone...

—Escríbeme una carta, Dragonetti.

—Ya sé para quién es.

—Dí que con voz entera y dicción clara.

He leído muy bien.

Dile que el entusiasmo ha sido inmenso, que soy muy popular.

Y por si acaso de nosotros duda, Mándale *El Imparcial*.

En el discurso de la corona hay un párrafo que dice poco más ó menos:

«Quiero marchar con vosotros por el camino de la libertad.»

¿No recuerda esto las palabras de Fernando VII: *Marchemos todos y yo el primero*....?

—Ha leído V. el discurso de la corona? Es muy largo; pero muy bonito.

Recuerdo que concluye con aquellas palabras de «Dios ilumine vuestra conciencia con el consejo de su infinita sabiduría, y haga fecundo vuestro trabajo en bien y prosperidad para la patria.»

Le dan á uno ganas de decir, con aire compungido: *Amen*.

La Tertulia publica un artículo que lleva por epigrafe: *Toros*.

Y dice debajo: «Dedicatoria al Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.» Dedicar una revista de toros al presidente del Consejo de ministros, es muy original; pero no carece de gracia la ocurrencia.

Calvo Asensio fué fundador de *La Iberia*.

Hoy *La Iberia* ataca rudamente al hijo de Calvo Asensio.

No soy amigo de Calvo Asensio, ni mucho menos de *La Iberia*; pero francamente, el ataque me parece una atrocidad.

Y lo confieso, no lo esperaba ni aun de los mismos sagastinos.

A cada uno lo suyo.

Opinion de la prensa relativamente al discurso de la corona:

La Tertulia.—Eso, eso es lo que puede llamarse un discurso de la corona, y no lo que generalmente se hace por ahí.

El Imparcial.—Parece que los radicales escribimos medianamente: ¿a ver quién es el guapo que lo escribe mejor?

La Epoca.—No diré si es muy importante ó lo es poco; pero... lo cierto es que está plagado de galicismos.

La Esperanza.—El discurso no resista á la crítica: es irrespetuoso con la Santa Sede, y basta.

El Debate.—Largo, estudiado con afectacion, ampuloso, hueco, peinado y afeitado, vanidoso, etc., tal es el discurso.

La gente: ¿y bien, qué es ello? Nada, un discurso más.

La Correspondencia ha observado que los maceros del Congreso tienen el traje muy deteriorado.

Mucho me temo que el diario de noticias esté en convivencia con algun sastre.

Porque parece que su observacion está hecha con *segunda*.

¡A mí que no me digan!...

¿Cómo es que en las elecciones triunfa siempre el partido del gobierno?

Cuestion de *garbanzos*.

Es original esto: todos los actos políticos de Ruiz Zorrilla coinciden con alguna operacion agricola.

Su primera *huida* fué en la época de la recoleccion de la cebada.

Ahora abre su Congreso en el tiempo mismo en que se recogen los melones.

Thiers ha sido recibido con gran entusiasmo en el Havre.

A bien que nosotros tenemos ya los patrones de ese mismo entusiasmo oficial.

—Vean Vds. cómo, aunque cuestan muy caros, sirven para mucho los viajes régios.

Mr. Thiers ha dicho que llegará á entenderse con los libre-cambistas.

—¡Vaya un puntal que le ha salido al libre-cambio!

Al decir de *La Correspondencia*, se propaga la idea de formar una liga de *contribuyentes*.

Veremos si *pega*.

—Pero quiere V. decirme á quienes se consideran como no contribuyentes?

Don Amadeo afirma que vivirá lleno de reconocimiento por las muestras de amor que le han dado los españoles.

Vamos, Vds. dirán lo que quieran, pero no parece descontentadizo.

Cualquier cosa le basta.

Leo en un periódico que D. Nicolás María Rivero, después de su eleccion para presidente, fué á felicitar al rey.

—¿A felicitar al rey? ¿Por qué?... ¿por la suerte que le ha caído con tan acertada eleccion?

Eso sería poco modesto. Prefiero creer que Rivero fué á que el monarca le felicitara.

El arzobispo de Valladolid ha cedido la mitad de su dotacion.

—¿Para remediar las necesidades de su diócesis?

—No, para costear un seminario.

—El gobierno trata de poner coto á la empleomania.

—Bien hecho: ¿queda algun amigo sin empleo?

—Ninguno.

—Pues á poner el coto.

Los hombres se han propuesto jugar con las cosas santas.

Dios ha sido derrotado en la eleccion.

Ahora *la Providencia* establece un colegio.

Lo más original del caso es que el fundador de este colegio es un presbítero.

—¿Un presbítero que cristianamente se llama á sí mismo *la Providencia*!

Otro hubo que se titulaba *Sagrado-Corazon*.

Y resultó luego... basta, ni una palabra más...

Los periódicos carlistas ven con regocijo que su rey y señor separa de su privanza al joven Arjona.

Ni los cortesanos, ni el rey, ni los súbditos desmienten su casta.

Dicen que se retirará la Guardia civil de los pueblos de poca importancia.

Eso me parece muy bien.

Los pueblos pequeños no tienen derecho á que el Estado vele por ellos.

Cuando se trata de pagar contribucion ya es otra cosa.

Un diario observó que en la sesion preparatoria los rivistas se sentaron cerca de los republicanos.

Se comprende.

Siempre ha sido de buenos generales tener prevista la retirada.

Quiere un periódico caritativo que destierren á Fernando Pío como dos mil vagos de la Habana. Fernando Pío y sepulcro son sinónimos.

—¡Digo! ¡Dos mil condenados á muerte porque no trabajan!

Pues si igual castigo mereciéramos por acá, ¿cuántos quedarían en Madrid sin hacer la maleta?

No me lo cuente Vd.

—Parece que en Barcelona hay gran entusiasmo para...

—Lo adivino, para solicitar una régia visita...

—No, para representar dignamente al país en la exposicion de Viena.

—Esto es ménos monárquico, verdad; pero es más digno y más honroso para los catalanes.

—Calle V., calle V., anarquista, petrolero...

En el breve discurso que D. Nicolás María Rivero pronunció al sentarse en el sillón presidencial del Congreso, se hace una division del país en dos partes.

Una la parte política.

Otra la no política que sufre y paga.

Parece, pues, que la parte política ni paga, ni sufre.

Así que los contribuyentes lo sepan, se declaran todos de la primera parte.

No, pues á mí no me engaña D. Nicolás, esa teoría nueva está copiada de *El Cascabel* en sus buenos tiempos.

—Choques, hundimientos, desgracias de todas clases se repiten con lamentable frecuencia.

No, pues no es por falta de proteccion.

Cada ramal tiene su inspector régio, ó si Vds. lo prefieren, cada inspector régio tiene su ramal.

CHARRANADA.

En Cádiz el sér me dieron:

El mar ha sido mi cuna,

Y pude ser cual ninguna.

De las que antes de mí fueron.

Los que padres se dijeron

—Pérfidos ó mentecatos—

Diéronme muy malos ratos:

Y, de grande y halagüeña,

Hé quedado tan pequeña

que soy *nada entre dos platos*.

(La solución muy en breve.)